



ARETES
DE
ESPARTA

LLUIS PRATS

Aretes, anciana lacedemonia, se dispone a recordar los acontecimientos que han marcado su vida. Será su voz, serena y apasionada, la que describa la azarosa historia de su familia —que contra su voluntad se verá envuelta en las intrigas de la época— y, a través de ella, la forma de pensar y vivir de los espartanos, sus leyes y sus costumbres, y revele los problemas internos y las traiciones en la ciudad, la creciente enemistad con Atenas y la destrucción del terremoto que asoló Esparta.

Será ella quien detalle los hechos que marcaron el futuro de su pueblo: la mítica batalla de las Termópilas y la posterior y definitiva batalla de Platea, en la que los persas fueron finalmente expulsados de Grecia.

Todo ello en un relato introspectivo, tierno y crítico a la vez, en el que se descubre una historia de amor y valor, de honor y pérdida. Una historia de los hombres más valerosos que hayan pisado la Tierra, inmortalizada por la memoria de una mujer.

*Abandona ahora el amado Taigeto
Musa laconia, y ven con nosotros,
celebra al dios de Amiclas
y a Atenea, la del broncíneo santuario,
y a los valientes Tindáridas
que junto al Eurotas se divierten.
¡Ea!, toma más impulso,
¡oh!, ea, ve más ligera saltando,
para que cantemos a Esparta
a la que gustan los coros de los dioses,
y el movimiento rítmico de los pies,
cuando, como potrillas, las muchachas
junto al Eurotas
brincan repetidamente con sus pies
levantando polvo,
y agitan sus cabellos como Bacantes,
moviendo el tirso y saltando.*

Lisístrata, de Aristófanes (vv. 1296-1315)

1

432 a. C.

¡Oh Calíope, Clio, Erato y Euterpe, y musas todas que habitáis las moradas del Olimpo, que por vuestra belleza conseguís todo lo que os proponéis! ¡Y vosotras, Ninfas del Peloponeso! Tú, Hamadriabes, que cuidas de los árboles y tú, Napeas, que lo haces de las montañas y las cascadas. Y vosotras, las Nereidas del mar de anchos pastos, hijas del divino Océano; y tú, Epimélides, la que cuida de las ovejas. ¡Vosotras, hijas de Zeus el soberano, que bailáis en los claros del bosque junto a mi diosa Artemisa y que tejéis prendas púrpuras en sus cuevas mientras vigiláis amablemente el destino de los mortales! Otorgad a esta anciana la gracia de recordar y la fuerza para escribir lo que sus ojos marchitos han vivido. Si la obtengo, os prometo ofrecer un sacrificio memorable en vuestro Nimfeo de Esparta.

Me llamo Aretes y soy hija de Eurímaco y de Briseida, nieta de Laertes, lacedemonia o espartana, como queráis. Si mis cálculos no yerran, mis ojos han visto más de setenta primaveras, una edad más que respetable para los tiempos que me han tocado vivir. Si ahora me vierais no reconoceríais a la muchacha que fui. Ya no puedo ir andando a muchos sitios y preciso de un asno o una carreta para llegarme al mercado de la aldea o a sus templos para ofrendar a los dioses. Mis manos arrugadas no son lo precisas que fueron y la memoria inmediata me flaquea. No así los recuerdos

de mi infancia y juventud, que tengo presentes como si hubieran sucedido esta mañana, porque cuando cierro los ojos aparecen en mi mente las imágenes de mi padre y mis hermanos bruñendo y engrasando sus armas, mi madre amasando el pan o nuestros ilotas segando la mies entre las ramas plateadas de los olivos agitadas por el Noto, el viento cálido que en verano remonta el cauce del Eurotas desde el mar.

No puedo ya valerme del todo por mí sola y mis manos tiemblan como una vieja rueda cansada de rodar, aunque lo hacen de modo casi imperceptible. Mi ojo derecho se ha cubierto de una tela fina y peligrosa como la de una araña. A veces, la niebla que lo mantiene en la penumbra se disipa, como la bruma desaparece de la cima de un monte alto, y entonces puedo escribir con pulso más o menos firme.

Sin embargo, aún conservo algo que me hizo una de las muchachas más esbeltas de mi tiempo. Mis ojos verdes todavía pueden chispear con malicia, pues conservo el don de ver más allá de las palabras y de leer los corazones. En mi juventud fui una mujer bella, o al menos eso decían. Lo digo sin pizca de engreimiento porque tuve admiradores, hermosos muchachos que me cortejaron y presentes dignos de una reina, como collares de cuentas, perfumes egipcios o vasijas de barro fenicio. La vida al aire libre y las continuas prácticas atléticas a las que la educación espartana obliga también a las mujeres, esculpieron en mí un cuerpo bello.

Dicen que las mujeres espartanas superamos en belleza a las demás de la Hélade. Nuestra diosa no es Afrodita como para el resto de las griegas, sino Artemisa cazadora, pues, desde pequeñas, moldeamos nuestras piernas, nuestra cintura o nuestros hombros en la palestra y en las carreras alrededor de los campos. Nuestro cabello claro luce a la luz de la lámpara no por las cremas o los cosméticos, sino por el lustre de nuestra salud. Nuestros ojos no se bajan ante la mirada de un hombre como hacen los ojos maquilla-

dos de las prostitutas de Corinto y nuestras piernas no se cuidan en el tocador con ceras o jugo de arándano, sino bajo el sol, en las carreras o en la pista atlética. Desde niñas nos inculcan que nuestra principal responsabilidad es criar niños fuertes que sean guerreros y héroes, defensores de la polis. Las espartanas somos mujeres bravas como yeguas, corredoras olímpicas. El entrenamiento produce en nosotras algo poderoso y lo sabemos. Otras ciudades producen monumentos o poesía entre otras artes. Esparta, en cambio, produce guerreros, y nosotras los parimos.

He de reconocer que siempre he sido algo tímida o reservada, aunque no pusilánime ni retraída, y mucho menos cobarde, que esta palabra no existe en el vocabulario de Esparta. Por eso, cuando el grupo de muchachas de mi edad nos cruzábamos con mi padre y su *homoi* o grupo de guerreros ejercitándose en la llanura, o nos veían correr con las piernas desnudas, entonces mi padre gritaba a sus compañeros «¡mirad mi gacela de ojos de ternera!», yo me sentía morir, enrojecía hasta la raíz del cabello al oír los comentarios procaces de los hombres. Por eso corría aún más deprisa, seguida de mis compañeras por el campo, cubierta de sudor y del polvo del camino. De esa forma no podían apreciar mi ondulado cabello del color del roble joven, ni los hoyuelos de mis mejillas, ni mi boca ancha y sonriente. Sólo se fijaban en las piernas o en los muslos de una muchacha, más parecida a una potrilla que a una mujer. Sin embargo, mi padre lo decía lleno de orgullo y, cuando por la tarde regresaba a casa serena, me pellizcaba como sólo él sabía hacer repitiéndomelo en la oreja: «¡Mi gacelilla de ojos de ternera!». Entonces yo ya no enrojecía. Allí me lanzaba a sus brazos y me lo comía a besos, porque ser la única hija de un padre otorga esos derechos. Mis hermanos pasaban gran parte del día en los campos, o en la palestra junto a los otros muchachos, y mi madre, como contaré, vivía ensimismada en su dolor. Demasiado a menudo estaba sumergida en su mundo de melancolía.

Soy vieja, he dicho. Por eso, mi nieta Ctímene escribe a ratos por mí. Hace semanas le propuse que se trasladara a vivir una temporada conmigo al campo y, al oírlo, le brillaron los ojos como dos monedas de plata ateniense. Abandonar la austera vida de su aldea de Limnai para venir unas semanas a nuestra granja en la falda del escarpado y hosco Taigeto la ha sacado de la rutina, de las pesadas labores domésticas y de algo peor, porque su madre, mi nuera Clitemnestra, se ha empeñado en que la corteje un guerrero mal parecido que ha perdido un ojo en una refriega contra la ciudad de Argos. Ella podrá elegir al guerrero que quiera, pero ya se sabe que a las muchachas no les gusta que los mayores les importunen demasiado con estos asuntos del corazón. Anteayer, mi hijo Eurímaco la acompañó en carro a la finca de la familia. Creo que a la muchacha le está sentando muy bien el cambio de aires.

Nuestra hacienda es, como todas, propiedad de la Polis, aunque hace ya más de cinco generaciones que la explotamos junto a nuestros ilotas. He escrito bien, sí. He dicho junto a nuestros ilotas. No nos aprovechamos de su trabajo, como hace la inmensa mayoría del pueblo espartano. Para nuestra familia, los ilotas no son esclavos. Esto es algo que mi abuelo Laertes nos inculcó desde que tuvimos uso de razón. Los ilotas son trabajadores. Por eso, desde niños, hemos procurado tratarlos como se merecen. No hemos trabajado junto a ellos recolectando la fruta o agitando las ramas de los olivos cuando llega la época de recoger la aceituna porque eso lo tenemos prohibido, pero sí que hemos procurado que en nuestra finca no faltara lo imprescindible para hacer su trabajo más llevadero.

Recuerdo que, cuando se convocaba la *Kripteia* y los crueles y rudos guerreros vagaban de noche por los campos para exterminar a los ilotas más fuertes, mi abuelo autorizaba a nuestro capataz, Menante, para que saliera corriendo a prevenirles. Así los hombres escapaban unos días a las montañas hasta que pasaba el peligro.

Desconozco si todos los pueblos de la Hélade son tan belicosos como el nuestro. No sé si en Micenas, Beocia o en las islas del Egeo, los hombres son tan rudos y avezados en la guerra como en Esparta. Desconozco si pasan el día recitando poesías o tañendo la lira bajo sus pórticos. Pero, en nuestra tierra, el escudo y la espada son reverenciados como dioses y la fuerza es el bien máspreciado. Por ello, nuestros hombres son atletas y soldados, jamás han trabajado la tierra ni han sido artesanos. Estos trabajos menores están reservados a los ilotas o a los periecos, sometidos hace generaciones, y que conviven con nosotros.

La tradición dice que Amidas fue la última aldea que se agregó a Esparta y que fue cedida por los aqueos a Filonomos, quien la repobló con colonos de dos islas del Egeo de las que no recuerdo el nombre, aunque los habitantes originales permanecieron en la ciudad. Antes de la primera guerra contra Mesenia, en tiempos de mi bisabuelo, nuestra aldea fue ocupada por el rey Teleclos de Esparta. Con el tiempo perdió su importancia, y sólo es recordada porque en ella tiene lugar el festival de las jacintias, que celebramos cada año en la aldea, o por la colosal estatua que se venera en el templo de Apolo.

Nuestra casa se encuentra unos cuarenta estadios al sur de las otras aldeas, junto al río Eurotas, a dos calles del camino del atardecer, junto a los pies de viejos robles y olivos que crecen en uno de los lindes del barranco. Antes de llegar a nuestro hogar, el viajero pasa frente a las casas de otros iguales, con sus chimeneas encendidas de las que sale un humo azulado que asciende al cielo igual que las columnitas del templo. Nuestro patio y nuestros terrenos están resguardados por una empalizada de troncos junto a la que crecen los jacintos y los arándanos. Junto a la puerta de piedra hay un álamo y, cerca de la casa, crece una higuera pequeña que da sombra a la mesa y a las sillas del patio.

Nuestra vivienda, fresca y sombreada, tiene dos pisos. En el bajo se abre un pequeño patio para banquetes, cuyas paredes encalamos cada año en primavera, y allí se distribuyen las habitaciones. Al fondo se encuentran la cocina y un pequeño almacén por el que se baja a la diminuta bodega, donde prensamos la uva y las aceitunas. También allí se curan los quesos de cabra que los ilotas manufacturan cada año en primavera, cuando nacen los cabritos.

En el piso alto hay otras habitaciones, más acogedoras, pues cada una de ellas tiene su brasero de cobre. No contamos con mucho mobiliario además del banco de piedra corrido que rodea el patio, de los tres arcones con ropa y utensilios o de la mesa grande y las sillas. Las paredes están decoradas con algunos trofeos de guerra de la familia, como lanzas y escudos. A estos, en Esparta, se les llama hoplones y llevan una gran letra Lambda grabada en el centro. Ocupan un lugar privilegiado en la pared del patio, bajo el pórtico encalado, y están flanqueados por las lanzas de mi hermano Alexias y de mi padre, Eurímaco. Son motivo de orgullo a la vez que un recuerdo doloroso. Entre ellas destacan los escudos de mi abuelo y de Polinices, mi hermano mayor, caído en las Termopilas. Cuantos viajeros pasan por la casa se detienen para ver las marcas de las docenas de flechas persas que los agujerearon.

En nuestro campo cultivamos higos, membrillo, fresas, moras, cerezas y mucha uva de distintas variedades. Nuestra tierra es del color del bronce al salir de la fragua, como el cabello de mi madre. También tenemos un huerto con un melonar, avellanos y almendros; y hortalizas como coles, rábanos, nabos, remolacha, zanahorias, puerros y ajos, cebollas, apio y menta, que tengo en una maceta aparte para que no se extienda demasiado, y lechuga. En el centro de la huerta se encuentra una fuente de piedra cubierta por un tejadillo. En nuestros campos pacen algunas vacas rojizas, unos caballos para la labranza y dos bueyes: Argos y Tirinto. Por la casa pascan algunos mastines que persiguen a las

presas al salir de caza y, en el camino de piedras blancas que serpentea hacia el monte, conservamos todavía los panales de abejas que cuidaba con mimo el abuelo Laertes.

Junto a la casa tenemos un pequeño jardín lleno de plantas aromáticas y algunas variedades de flores, entre las que ocupan un lugar destacado los jacintos y los mirtilos. Siempre me ha parecido que las flores de nuestro jardín han lucido más lozanas o que la cebada de nuestros campos ha crecido más hermosa que las del resto de los espartanos. No sé si porque es realmente así o porque son las nuestras.

Los jacintos son una flor muy espartana, pues los caminos de nuestra patria están sembrados de estas flores en honor de Jacinto, hijo del rey Amidas. Su tumba se encuentra a los pies de la estatua del dios Apolo, allí le adoramos. Esta es la divinidad tutelar de uno de los principales festivales de mi patria: las Jacintias, que celebramos cada verano durante tres días; uno para llorar la muerte del héroe divino y los otros dos para celebrar su renacimiento.

Según nos recuerdan los poetas, Jacinto era un hermoso joven amado por el dios Apolo. Un día estaban ambos jugando a lanzarse el disco cuando el dios, para demostrar su poder a Jacinto, lo lanzó con todas sus fuerzas. Éste, para impresionar a su vez a Apolo, intentó atraparlo, pero el disco le golpeó y cayó muerto. Según algunos, el responsable de la muerte del joven fue el dios del viento, Céfiro, porque la belleza del muchacho había provocado una disputa amorosa entre éste y Apolo. Celoso de que Jacinto prefiriera el amor de Apolo, desvió el disco con la intención de herirle. Sin embargo, mientras agonizaba, Apolo no permitió que Hades reclamara al muchacho y de la sangre derramada hizo brotar una flor, el jacinto. Las lágrimas de Apolo cayeron sobre sus pétalos y la convirtieron en una señal de luto. A mí, personalmente, me gusta más esta versión, pues es más poética, y las flores de mis jacintos son

como cascaditas de lágrimas rosadas que adornan el patio con los primeros calores del estío.

En cambio, el arándano, también llamado mirtilo, nos da un fruto maduro con el que todavía preparo una deliciosa mermelada. El abuelo Laertes y algunos hombres de mi familia lo han usado siempre como astringente, pero no hablaré más de esto porque me parecería de mal gusto. El otro día, la ilota Neante, hija de Menante, me dijo que una infusión de esta planta ayuda a eliminar la tela que cubre mi ojo. Probaré...

Más allá de la casa, junto al camino de cañas e hinojo que conduce al arroyuelo, se encuentran las dos chozas de nuestros ilotas, pegadas a una cuesta que en verano se llena de amapolas. La construyeron Menante y otros esclavos, con ayuda del abuelo Laertes, para evitar los vientos fríos que bajan en invierno del escarpado y hosco Taigeto.

El abuelo, aunque era espartano, era más propenso a interesarse por las cosechas que por la milicia. Algunos me han dicho que ese desapego al ejército, aunque sirvió en él como el mejor, fue el origen de nuestros males. Parece que algún éforo no veía con buenos ojos que Laertes *el de la colina*, como era conocido en su confraternidad de mesa, recitara tanto a Hesíodo y a Tirteo y que dedicara más tiempo a controlar los trabajos del campo, al arado y a la hoz que al escudo y a la lanza. Si en Esparta un éforo comunica a los ancianos de la *gerusía* que un espartano no es fiel a las leyes de Licurgo, echa el mal de ojo a sus descendientes.

Esparta nunca ha sido tan militar como ahora. Antiguamente, el teatro y la música, la poesía y la danza, eran los grandes protagonistas de las fiestas de la ciudad. Recuerdo que, de niña, antes de acostarme, me sentaba en las rodillas del abuelo Laertes y él dejaba que acariciara su barba blanca y recorriera con los dedos las arrugas y las cicatrices que adornaban su rostro solemne. Entonces me contaba que, en tiempos de su abuelo, Esparta había sido la cuna

de grandes artistas como Alcmán o Tirteo, de quienes a veces me recitaba fragmentos para arrullarme:

*Duermen de los montes cumbres y valles,
Picachos y barrancas,
Cuántas razas de bestias la oscura tierra cría.
Las fieras montaraces y el enjambre de abejas,
Y los monstruos en el fondo del agitado mar.
Y las bandadas de aves de largas alas duermen.*

Luego el abuelo decía para sí:

—Ha sido el miedo. El miedo al persa, el horror a perder la libertad, lo que ha hecho que Esparta se vigore y se quede encerrada en su puño de hierro. Es el miedo la causa de que ya no haya tiempo para la música o la poesía.

Yo entonces no entendía qué podía significar aquello. Los persas eran una nación lejana y desconocida. Sin embargo, los rumores del tamaño de su ejército y las conquistas de sus reyes en oriente, o sus incursiones en Tracia, atemorizaban a los ancianos y a los políticos. A Esparta habían llegado ya varias embajadas de Atenas, Delfos y Corinto para tratar de estos asuntos. Por eso, desde niña recuerdo ver a centenares de hombres preparándose para la guerra en la llanura de Otoña. Allí embrazaban sus escudos y realizaban pesadas marchas o ejercicios extenuantes, como hacen los muchachos que entran en la milicia.

2

432 a. C.

Durante mucho tiempo he tomado notas de los días que he pasado con los míos, y pienso que he de ponerlo por escrito. No a modo de ejemplo con el que ilustrar a generaciones futuras, ni para ejercitar mi memoria marchita. Tan sólo como regalo a la vida que me ha tocado vivir. Así ocuparé las largas horas del día en las que mi tarea no va más allá del cultivo de mis jacintos o el bordado de algún mantel. Escribo para que los que han vivido junto a mí lo hagan de alguna manera eternamente. También porque quiero morir en paz y para que, cuando la negra Parca venga a buscarme y Hades me reciba en sus moradas, vaya yo desnuda de recuerdos y pesares. Escribo porque la historia que quiero contar merece ser contada, y para que se haga justicia a mis seres queridos.

Por eso, desde que llegó mi nieta Ctímene hace tres días, cuando los ilotas marchan a los campos para la siega, después del desayuno, nos sentamos bajo la parra de la casa y le dicto durante buena parte de la mañana. A veces, cuando se cansa, va corriendo al pozo de la Néyade de hombros esbeltos para traerme un pequeño cántaro de agua fresca. Con ella calmamos la sed de este verano pegajoso y lleno de mosquitos que esta noche apenas me han dejado dormir.

Esta chiquilla, ya casi una esbelta mujer, es la viva imagen de su padre, mi hijo Eurímaco. Su piel es tan bruna que tiene el color de las ciruelas moradas; su nariz es pequeña y simpática; sus ojos son expresivos y grandes; sus labios sonrosados y sonrientes. La muchacha aún deja que le peine sus rizos rubios que le caen por encima de los hombros como un manantial dorado. No es orgullo de abuela, pero mi nieta es la muchacha más bella de Esparta, y a sus quince años ya ha ganado dos veces la carrera del camino de los jacintos. Quiere superarme un día; yo la gané cinco veces consecutivas y participé en dos juegos panhelénicos en Olimpia, las primeras veces que las mujeres podíamos tomar parte en ellos. Confío orgullosa que lo consiga. Ahora, cuando le dicto esto, se sonroja y me dice:

—Abuela, esto no puedo escribirlo.

Yo le replico con un guiño:

—Ctímene, obedece a tus mayores.

—Amiclenses... —se queja ella.

—Tú también lo eres, hija mía.

—No tanto como tú, abuela.

Yo sonrío, ella hace un mohín y se pone de nuevo a escribir en el papiro. Mi nieta es un hueso duro de roer, al igual que su padre. Es cierto que sólo es medio amiclense, pues su madre es de la aldea de Limnai y los de Amidas tenemos fama de testarudos. Sin embargo, el tesón y el carácter de vencedora que fluye por sus venas es lacedemonio. Mi hijo conoció a su esposa, Clitemnestra, en Atenas, cuando acompañamos a la embajada que se entrevistó con el General Pericles y visitamos los acantilados de las Termopilas para honrar a nuestros caídos. Según me contó, y así lo presencié, se encontraron paseando por la acrópolis ateniense, admirando los trabajos del nuevo templo dedicado a su diosa Atenea, que los ciudadanos levantaban sobre las ruinas del que los persas habían destruido. Se miraron un instante a los ojos y parece que Eros, que paseaba ese día

por la acrópolis, disparó una certera flecha a ambos corazones.

Para escribir estas páginas conservo los rollos que el bueno de Simónides de Ceos me trajo de Egipto. Me los regaló hace muchos años en pago por nuestra amistad, y porque oyó en nuestra casa los hechos ocurridos en las Puertas Calientes. Allí, en las Termopilas, como he dicho, murió combatiendo mi hermano Polinices entre otros trescientos espartanos con el rey Leónidas al frente.

Creo que es el momento, al inicio de mi relato, de describir nuestra patria, agreste y fecunda al mismo tiempo. Pues bien, Lacedemonia, tierra de cabras y olivos, está formada por cinco aldeas que forman la Polis, a saber: Pitaña, Mesoa, Konosura, Limnai y Amidas. La ciudad, si es que así se la puede llamar, está bañada por el río Eurotas, que nace en el monte Boreo y desemboca en el golfo, cerca de la arenosa Giteo, nuestro bullicioso puerto de mar. El río recibe el nombre de su creador, Eurotas, primer rey de Esparta, quien le dio origen drenando los pantanos de la llanura.

Parece ser que mi pueblo proviene del norte, de los montes donde nace el frío Boreas. Hace muchas generaciones, mucho antes de que los helenos marcharan contra Troya, mis antepasados ya habitaban esta tierra a la sombra del escarpado y hosco Taigeto. Las calles de las aldeas son austeras y no muy anchas, de piedra cincelada a martillo como sus propios habitantes, que se creen descendientes del mismo Heracles. Cuenta con dos mercados, varios templos, el palacio de los dos reyes, la acrópolis y dos pistas de carreras: la pequeña, que empieza en el edificio del gimnasio y sigue por el camino de Konosura bajo la figura de Atenea *de la casa descarada* (me ahorraré aquí decir por qué recibe este nombre), y la pista grande, que da la vuelta a las cinco aldeas, pasa por Amidas, recorre el camino de los jacintos y pasa al lado de las laderas del Taigeto, que mide casi cien estadios de recorrido.